

Azriel Bibliowicz
DEL AGUA AL
DESIERTO

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

DEL AGUA Y EL DESIERTO: ENTRETEJIENDO MITOS E HISTORIAS

Azriel Bibliowicz

Quisiera empezar agradeciéndole a Gloria Carolina Fiallo Cardona, una de las editoras de la revista *Identidades* de la Universidad Politécnica de Cataluña su interés por mi obra *Del Agua al Desierto* y que me haya invitado a esta prestigiosa revista, para contar brevemente como llegué a los diversos temas que se entreveran en las páginas de esta novela.

Es sorprendente, pero las novelas en muchas ocasiones nacen en una especie de nebulosa, donde una simple imagen o una pregunta comienza a despejar la bruma que la envuelve. En el caso *Del Agua al Desierto*, fue una pregunta de corte arqueológico la que inicio el proceso: ¿Cuál sería el gran desaparecido de la ciudad de Bogotá?

Cuando me formulé la pregunta, para mi sorpresa encontré que eran sus aguas. Tanto Bogotá como ciudad de México tuvieron sus inicios en un lago. En México-Tenochtitlan sobre el lago Texcoco y en Bogotá, alrededor de los humedales que se extendían a lo largo de su extensa sabana, que hoy se encuentran en su mínima expresión ante el descuido y continúan desapareciendo. Quizás debido a esta coincidencia, el que sus capitales hubiesen nacido entre las aguas, la novela también se publicó tanto en Bogotá como en México.

Bogotá contaba con cincuenta mil hectáreas de humedales y en la actualidad sólo le quedan un poco más de setecientas. Gracias a sus cordilleras y a su posición tropical, Colombia, ha sido un país rico en aguas, pero la abundancia también puede generar larguezas y descuidos donde la desidia prolifera.

ID_ PRÓLOGO

El centro de Bogotá la atravesaban dos ríos, San Francisco y San Agustín, que con el tiempo desaparecieron enterrados por las basuras, y sus lechos se transformaron en grandes avenidas que recorren la ciudad. Paulatinamente las quebradas que la cruzaban, al igual que los ríos, se fueron convirtiendo en muladares por los desechos que en ellas se arrojaban y acabaron también por volverse alcantarillas. La ciudad contaba con aguas termales y una pequeña cascada, que también terminaron soterradas.

La novela cuenta cómo fueron desapareciendo paulatinamente las aguas de la ciudad. Ahora bien, entre las razones que llevaron a esta debacle ecológica, hubo una que llamó mi atención y que denominé, “la voltereta teológica”.

Los habitantes originales del centro de Colombia, los muiscas, veneraban a sus dioses quienes habitaban en las aguas. Por ello, no es casual que su mitología narrara como la diosa Bachué salió del lago Iguaque con su hijo para poblar el mundo.

Además, las mujeres en la cultura muisca parían en los humedales entre a sus aguas límpidas y frías. Entraban hasta la cintura, se colocaban en posición de cuclillas y se les iba durmiendo las extremidades, y daban a luz sin dolor. En las orillas de estos lagos de poca profundidad, crecía una yerba fuerte y filuda que los nativos llamaban cortadera y con ella separaban el cordón umbilical de la criatura.. La madre se lo consagraban en agradecimiento a Sie, diosa del agua.

Con la llegada de los conquistadores y los evangelistas, los dioses indígenas fueron condenados y los curas afirmaban que en los lagos habitaban los demonios. Los indígenas acostumbrados a entrar a los lagos, no solo a bañarse sino por la abundancia de sus peces, enfrentaron no solo la negación, rechazo y menosprecio de su religión, sino de toda su cultura. Y les impusieron una religión del desierto. Así la conquista produjo una voltereta teológica frente a las aguas, las costumbres y el terreno. Las creencias judeocristianas, que se originaron en el desierto, con un dios inconmensurable, se impusieron sobre las aguas y el territorio.

Hay que entender que la prohibición al baño también se encontraba en las primeras reglas monásticas. Y no es casual que el famoso olor a santidad de los curas, fuera producto de la falta de baño por parte de los religiosos.

Al investigar el mundo de los indígenas muisca también tuve la oportunidad de acercarme a su mitología que contrastaba con la que nació en el desierto. Me pareció interesante cotejarlas. Al fin y al cabo, la literatura se enriquece a partir del *Ars Combinatoria*, con la recuperación de mitos y sus metamorfosis.

Lógicamente ante la riqueza de la cosmogonía muisca, era tan solo natural que la protagonista de la novela fuera una mujer líder de esta comunidad.

Y si bien la creencia popular bogotana, que los muisca habían desaparecido después de la conquista, la novela demuestra lo contrario, que han sobrevivido, están vivos, activos y continúan considerándose “guardianes de la naturaleza”. Y luchan aun hoy por preservar sus resguardos y cabildos, así como proteger sus lugares sagrados.

Como la novela iba abriéndose a partir de la investigación, resultaba consecuente que el protagonista fuera un investigador-novelistas también interesado en los temas del agua, el territorio, los mitos, la ciudad y la memoria.

En la medida en que indagaba sobre el agua, encontré que la variedad de pastos nativos, originales de la Sabana de Bogotá, que crecían al lado de los humedales, habían desaparecido. Con su pérdida se extinguieron dos especies de aves endémicas del centro de Colombia, que se alimentaban de ellos: la alondra y el atrapa-moscas.

Durante la década del cincuenta bajo el gobierno de nefasto Presidente Laureano Gómez, se importó de Kenia, el kuikuyo, una hierba que ha sido muy apreciada por los ganaderos. Debido a este rizoma agresivo, se fueron transformando las estancias y gramas del país. El kuikuyo desplazó y eliminó paulatinamente los prados nativos. Su rápido crecimiento y agresividad la transformó en el pasto predilecto de los ganaderos.

La adoración por el ganado ha convertido a Colombia en un país de terratenientes y ganadería extensiva. La explotación desaforada, ha llevado a que se apelmace la tierra y la ganadería no es sino otro de los precursores del desierto, como bien lo señalan los biólogos. Todo eso sin hablar de los gases de los vacunos que afectan a su vez el calentamiento global.

Ahora bien, el oro y la minería ilegal también nos encamina a la misma dirección. El uso de cianuro, el compañero venenoso del oro, ha ido acabando con las aguas de múltiples ríos y quebradas del país. Vamos con pasos firmes hacia al desierto.

Por lo tanto, el mito del becerro de oro me pareció la metáfora perfecta para explicar hacia dónde nos encaminamos con los ojos tapados.

Era claro que el tema de los desaparecidos y los daños ecológicos que nos rodean, pasaron a ser el hilo conductor de la novela.

Durante la década de los cuarenta y cincuenta del siglo pasado, la violencia partidista generó también un desplazamiento del campo a la ciudad y con ello comenzó una especulación voraz de la tierra urbana. La acción de constructores, ante la falta de planificación urbana, llevó a que muchos constructores empezaran a aprovechar las circunstancias y secaran los humedales para así apropiarse de los terrenos. La sabana de Bogotá, que antes cultivaba trigo, se llenó de ladrillos.

A medida en que iba buscando los mitos correspondientes tanto a la cultura indígena como a la tradición judeocristiana, contrastándolas y viendo cómo se podían relacionar y entretrejer, de pronto encontré uno que las trenzaba y relacionaba. Era nada menos que el famoso mito de las diez tribus perdidas de Israel.

En el siglo XVII, un judío portugués, Antonio de Montesinos, vino a la Nueva Granada dijo haber encontrado las diez tribus perdidas de Israel, gracias al cacique Francisco, en la provincia del Cauca.

Montesinos regresó a Holanda y le contó su descubrimiento al famoso rabino Menasseh ben Israel, quién lo hizo jurar ante los rollos de la ley que todo lo que afirmaba era cierto. De acuerdo con Montesinos las diez tribus perdidas se encontraban escondidas en las montañas. Y el mito milenarista de pronto adquiriría un nuevo hálito.

El que supuestamente se hubiera encontrado las diez tribus perdidas de Israel alucinó al famoso rabino, contándole al pintor Rembrandt. El rabino le escribió a Oliver Cromwell, sobre este descubrimiento, explicándole que los judíos habían sido expulsados de Inglaterra en el siglo XII y que era el único lugar en que faltaban para que habitaran en las cuatro esquinas del mundo. Y si había judíos en Europa, Asia y ahora Suramérica, solo faltaban en Inglaterra (el nombre Inglaterra significa los ángulos de la tierra o la esquina de tierra). para que se pudiese cumplir una profecía mesiánica.

En verdad, a Cromwell, le importó poco la profecía mesiánica, pero considero que de pronto

valía la pena permitir la entrada de judíos de nuevo a Inglaterra, ya que, en medio de la guerra de las religiones, que vivían protestantes y católicos, los judíos podían ser un tercero en discordia y con ello marcaba un gesto de tolerancia religiosa. Además, consideró que podían ayudarle a la golpeada economía del país.

Así pues, Cromwell invitó al rabino a Inglaterra y permitió que volvieran los judíos a la Isla. Regresaron, gracias al mito de las diez tribus perdidas de Israel, y que se creía estaban en las montañas de Colombia.

Los mitos guardan consecuencias inesperadas. Siempre conservan vasos comunicantes sorprendentes y por ello sus consecuencias resultan impredecibles.

Pero este curioso mito también me abrió las puertas para que se exploraran temas como el tribalismo, que forma parte de estas dos culturas y reflexionar sobre sus cualidades y peligros. A su vez analizar el papel de los nacionalismos y cómo hoy, ante el calentamiento global, deberíamos comprender que vivimos en una casa común, el planeta tierra, que estamos destruyendo a pasos agigantados.

Por último, debido a sus personajes, la novela acompaña una reflexión sobre la escritura, ya que Zué, la protagonista, comprende que, si bien su cultura ha sobrevivido gracias sus relatos orales, es la escritura la que terminará por conservar la memoria. Y al igual que las mochilas que tejen los muiscas, las historias se van urdiendo a partir de los testimonios y recuentos de los ancestros que merecen ser recopiladas para que también les pertenezcan a las generaciones futuras.

Los protagonistas de esta obra, en la medida en que se conocen, comienzan un gran diálogo cultural y afectivo que entrelaza a su vez sus historias personales.

La novela tiende a ser un género realista que rota alrededor de la cotidianeidad. No es casual que *Del Agua al Desierto* comience con hecho habitual de la ciudad, un aguacero que genera unas terribles goteras e inundaciones, que a su vez dañan el inmueble y termina por desembocar en una crisis familiar. Poco a poco el lector conocerá a los personajes, sus historias que se van concatenando con los temas centrales sobre los que se arma la obra.

Las novelas viven en función de sus personajes, sus diferencias y conflictos para que las historias cobren vida. Por ello, sus narraciones siempre giraran alrededor del amor, la solidaridad, el desamor, los odios, ambiciones y venganzas, que nos confrontan con la condición y tragedia humana.